

EC 22/5/59 IP 2

MAYO DE 1959

El laberinto y el hilo

Mendigos un síntoma visible

Por Sebastián SALAZAR BONDY

La fotografía de un niño baldado que deambula pidiendo limosna por las calles céntricas de Lima publicada hace unos días por "El Comercio" es solo una muestra, por cierto patética y desesperante, de lo que está sucediendo a ritmo creciente aquí y en el resto del país. Pululan por los centros poblados y aun por los campos de todo el territorio mendigos de todas las edades, genes arrojadas al hambre y la miseria tanto física como moral —ambas están estrechamente vinculadas—, familias desmembradas por la ausencia de los bienes elementales y urgentes. Y hay quienes se llenan la boca con las afirmaciones más pomposas relativas a nuestro progreso, cifras totalmente a los hechos sociales y económicos cuyo síntoma visible es esta acelerada multiplicación de porcoseros, desvalidos, cements, idiotas y otros desechos humanos. Un demas semejante en pleno siglo veinte hubiera ya, en una nación efectivamente gobernada —vale decir, organizada—, provocado una reacción firme y decidida del gobierno.

Peró no. Se oye decir por ahí a personas responsables —o que parecen serio— que se trata de un fenómeno cuyos determinantes son exclusivamente nacionales y de índole psicológica. Se habla de la pereza de nuestro pueblo, de su adicción al alcohol, de su existencia voluntariamente sordida e impenz. Habría que soñar la carcajada ante tal pronóstico, si no moviera a indignación por su carácter superficial y evidentemente falaz. Es posible concebir que un pueblo este a punto de elegir la mendicidad como un oncio por simple incanación vital? Ciertos sociólogos franceses han estudiado el fenómeno del "clochard" o vagabundo urbano, y han concluido que solo en muy escaso porcentaje esos residuos sociales han escogido libremente la tras-humancia y el desorden existencial. Cabe señalar que, después de todo, un "clochard" parisiense, por ejemplo, posee mucho más que bastantes de esos innumerables desarraigados —sobre todo, y esto es lo grave, niños— que inundan nuestra capital.

En alguna parte, para evitar a los turistas y a los extranjeros de paso el espectáculo de la mendicidad, se recurrió al expediente de hacer una barrida policial en determinadas ocasiones de alta afluencia de visitantes, lo cual es idéntico que pintar unas mejillas saludables en la piel apergaminada y transparente de un tuberculoso con el fin de salvarlo de la muerte. Lo mismo es achacar la afloración mendical a causas particulares, tales como el desgano o la incultura de los habitantes de una nación. La raíz es otra: falta de trabajo, mala distribución de la riqueza, descuido en la conformación de las estructuras fundamentales de la sociedad, explotación de los más por una minoría voraz y siempre insatisfecha de su lujo y su comodidad.

No es difícil llegar a esta conclusión. Existe una fórmula para averiguarlo. A cualesquiera de esos pequeños lustrabotas que nos asedian en la calle y en el café, preguntémosle, a la manera de una encuesta, dónde vive, quiénes son sus padres, cuántos de familia son, en qué trabajan los suyos, etc. E infaliblemente las respuestas nos darán testimonio franco de la desocupación, de la mala remuneración, de la ausencia de oportunidades, de la situación "sin salida" de la población popular. Contra ello, no obstante la nobleza en que se inspira, la caridad es impotente. Sólo cabe como remedio planificar, controlar, gobernar, no reclamar para el Estado una situación de mero bedel, una conducta de gendarme miope, una actitud que aunque llamada "liberal" conduce a la peor de las esclavitudes, la del dinero.

La historia nos cuenta, envuelta en un aire fabuloso, el caso de una corte de mendigos, de todo un reino creado por los desamparados de una gran ciudad, cuya corona ceñía el más rencoroso e implacable de todos ellos. Era aquel un estado dentro de otro estado. A veces uno se pregunta si, por suerte del desgobierno actual, no se estará formando entre nosotros ese ejército de vengadores cuya consigna será satisfacer un hambre cuyas demandas las autoridades no oyeron a tiempo, tal como era su ineludible deber.